

El europeo del siglo XXI

MANUEL MUÑIZ VILLA *

Desde hace más de siglo y medio Europa y en general el mundo occidental vive sumido en una crisis de valores que no hemos superado ni con dos guerras mundiales. Desde mediados del siglo XIX se viene observando en Europa la pérdida constante e imparable de referentes morales, éticos y religiosos. El Estado laico que surgió como una evidente necesidad frente a los abusos del Estado confesional ha sido incapaz de dotarse de un sistema de valores capaz de sustituir al anterior.

Tras la revolución francesa el hombre desplazó a Dios y los europeos pasaron a buscar respuestas a sus dudas en el propio futuro del Hombre. Se pensó que la humanidad, una vez liberada del yugo que la había mantenido sumida en la esclavitud y la ignorancia, sería capaz de cualquier cosa. Así se manifestaron muchos revolucionarios franceses y americanos. Con el paso de los años se descubrió que la libertad no era la cura de todos los males y que al nuevo hombre moderno le acechaban tantas o más dudas que al medieval. ¿Qué es el Estado? ¿Qué papel debe cumplir la política; lo Político? ¿Cuál es el

significado de la vida? ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué es el Hombre? ¿Qué está bien y qué está mal?

La literatura de finales del siglo XIX ya reflejaba estos dilemas del hombre europeo. Autores como Herman Hesse (Demian) o Thomas Mann (La montaña mágica) ya hacían eco en sus obras de la profunda división que vivía Europa. Poco a poco fueron estableciéndose dos formas de entender el mundo. Una fiel a las ideas revolucionarias liberales, que entendía que la libertad es la fuente de toda virtud y de todo significado. Y otra, más afín a lo que luego serían los fascismos y el comunismo, que pretendía un hombre nuevo e inserto en una amplia estructura social. Por una parte, la exaltación del individuo y, por otra, la anulación del mismo en pro de lo colectivo.

Es curioso observar cómo tanto el Comunismo como el Fascismo tenían un importante contenido filosófico y antropológico. Ambas teorías pretendían darle un significado trascendental a la vida del hombre; una meta; un horizonte de felicidad y plenitud. George Steiner ha denominado esta tendencia "nostalgia del absoluto". Realmente se observa en la

* Socio de Muñiz Bernuy Abogados. Presidente del Partido Europeo Liberal.

Europa de 1900 la necesidad de creer en algo superior a la democracia y a sus valores. Los alemanes votan a Hitler masivamente en las elecciones de 1933 porque éste les prometía respuestas, un objetivo vital y liderazgo. Lo mismo sucede con Lenin y los bolcheviques en la Rusia zarista. Como niños pequeños buscando cariño, los europeos nos lanzamos a los brazos de los totalitarismos. De ahí a la guerra sólo había un pequeño paso.

Este debate se zanjó de forma Hegeliana: ni tanta libertad ni tan poca. Así nace, con miles de matices, el estado de bienestar. En él el hombre es libre pero sacrifica gran parte de su libertad en beneficio de la comunidad. Surgen así los primeros sistemas de seguridad social (cuyo embrión, por cierto, ya se observa en la Alemania nazi), las primeras redes nacionales de escuelas y universidades públicas, la sanidad libre y gratuita para todos los ciudadanos, etc., etc. La tesis fue el liberalismo del siglo XIX; la antítesis, los totalitarismos, y la síntesis, el estado de bienestar. Se dio respuesta de esta manera a una de las grandes cuestiones de los decenios anteriores que era la de las desigualdades sociales existentes en Europa. Hasta cierto punto podría decirse que se monetarizó un problema que nada tenía de monetario: la falta de valores del mundo occidental. De ahí en adelante parece que entramos en un bucle capitalista en el que el éxito en la vida, incluso el significado de ésta, se mide en términos de riqueza material. 60 años después del final de la Segunda Guerra Mundial, los europeos, y el mundo occidental en general, carecemos de referentes éticos o filosóficos con los que enfrentarnos a la vida. Falta en definitiva, una auténtica moral y filosofía laica.

Hoy somos más ricos y vivimos infinitamente mejor que hace 60 años. Viajamos más, leemos más. En general se podría decir que vivimos más. Sin embargo somos menos felices. Hace tan sólo 10 años el 80% de los encuestados respondían sí a la pregunta de si eran

felices; hoy ese porcentaje oscila entre el 65% y el 70%. El día que haya caído por debajo del 50% tendremos serios problemas. El número de suicidios va en aumento prácticamente en todas las democracias maduras. Al igual que el porcentaje de participación en las elecciones desciende imparablemente; sobre todo entre los jóvenes. Vivimos pues el cansancio de la democracia y el agotamiento de una población que se dirige, a toda velocidad eso sí, hacia una meta que desconoce. ¿Por qué rezar? ¿Por qué amasar una fortuna? ¿Por qué trabajar más de 50 años para pagarme una casa? ¿Por qué dedicar 14 horas al día al trabajo? ¿Por qué pagar más de la mitad de lo que gano a Hacienda? ¿Por qué votar en unas elecciones? ¿Va eso a cambiar algo? ¿Por qué hacer nada si la vida a fin de cuentas carece de sentido?

Contra este mundo del relativismo filosófico se levantan importantes enemigos. El fundamentalismo islámico se erige a día de hoy como alternativa al modelo ideológico americano y europeo. Con el paso de los años y si no reaccionamos, nos veremos pronto desbordados por una ideología que, aun careciendo por completo de sensatez, posee fuerza y contundencia. Poco a poco hará mella. El Islam promete hoy lo que en otras épocas prometía el cristianismo, la salvación de las almas, vida eterna, significado divino. Y la guerra santa es una prolongación de eso mismo. Podemos invadir sus países y derrocar a sus líderes pero las guerras sólo se ganan convenciendo. Nunca venció nación alguna si no fue por convicción. Roma pudo vencer mil batallas contra los bárbaros pero nunca convenció; finalmente y ante la debilidad del Imperio, Roma cayó. Cayó por sus propios excesos y rodeada de una total falta de valores y anhelos. Pasarían siglos hasta que un nuevo imperio naciese en Europa y esta vez bajo la sombra de la cruz de Cristo. Decía un antiguo escrito que cuando Napoleón invadió Venecia, ésta ya estaba muerta. Venecia murió, y con ella la Serenísima República, cuando “los venecianos ya no encontraban motivo alguno para morir”. Es evidente que la

Europa actual no dista mucho de aquella epicúrea República.

En este breve artículo no quiero insinuar, ni mucho menos, que volvamos a instaurar los antiguos valores cristianos. Esa moral y esa forma de entender el hombre y el mundo está claro que ha quedado obsoleta. Obsoleta no por sustitución sino por agotamiento. Probadas como falaces muchas de sus “verdades” y comprobados los abusos en los que incurrió la Iglesia en sus épocas de apogeo, no creo que sea ya siquiera posible plantear un retorno de sus esquemas. Ni el hombre se ve ya como súbdito de Dios, ni consideramos mejores a los que predicán en su nombre. La falta de feligreses y la inobservancia de muchos de los preceptos imperados por la Iglesia son prueba de ello. Esta tendencia a la desobediencia, o a la simple omisión, se observa sobre todo en la juventud. Ya en 1930 decía Pessoa en su Libro del desasosiego: “He nacido en un tiempo en que la mayoría de los jóvenes habían perdido la creencia en Dios, por la misma razón que sus mayores la habían tenido: sin saber por qué”. Y la juventud no es más que el fiel indicador de lo que depara el futuro.

Hace falta por lo tanto reinventar al Hombre y a su mundo. Hace falta que la política vuelva a tener sentido. Que, para empezar, políticamente vayamos hacia alguna parte. Debemos definir, acotar y completar el proyecto que es la Unión Europea. Hace falta que los europeos vuelvan a mirar al futuro con esperanza. En estos años se tiene que dotar de significado real al término “europeo”. A día de hoy es una amalgama de sentimientos y creencias que poco tienen de palpable. Debemos responder a la pregunta de ¿Qué es Europa? Es un tema urgente, acuciante. Modernizar la política, acercarle a la juventud, a las fuentes de ideas. Una Europa unida significa un pueblo europeo unido. Después de siglos de enfrentamientos cabe la posibilidad de que volvamos a mirar al futuro unidos. Y así podremos asumir grandes retos.

Por otra parte la ciencia debe convertirse en el nuevo motor del cambio. La ciencia es, a día de hoy, la mayor fuente de innovación que tenemos. Deben por lo tanto trabajar los científicos junto con los filósofos para ampliar nuestro entendimiento del mundo. No debe ser ya la fe la que guíe nuestras convicciones sino los hechos constatables. Esta alianza de la ciencia y la filosofía no se ha producido aún, más por culpa de la segunda que de la primera; la filosofía debe avanzar al mismo ritmo que la ciencia y dotar de contenido moral y ético a lo que ésta descubre. Durante el último siglo los descubrimientos científicos han ido negando y refutando los enunciados religiosos pero la filosofía no les ha conferido trascendencia moral. Esto no puede producirse más; debe la sociedad civil reaccionar ante esta evidencia. Por ejemplo, nadie parece dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cuál es la trascendencia filosófica de la teoría de la relatividad de Einstein? ¿Qué significa que la energía sea masa? ¿Eso convierte a Dios en energía? ¿A nosotros en Dios? ¿Si somos energía, qué está bien y qué está mal? ¿Qué significa que se curve el espacio-tiempo? ¿Existe, pues, el tiempo? Todas estas preguntas requieren de respuestas o por lo menos de que exista un cierto debate. Y no se debe olvidar que la ciencia sin moral es un arma muy peligrosa, al igual que la moral sin ciencia. Ambas unidas son el gran eje sobre el que debe pivotar la idiosincrasia del nuevo hombre europeo.

Así mismo el hombre moderno necesita un gran reto. Mas allá de las grandes amenazas que nos acechan en este nuevo siglo XXI, como puede ser el calentamiento global o la proliferación de armas de destrucción masiva, el hombre necesita sentir que su vida tiene sentido. El gran reto de los próximos siglos va a ser la exploración del espacio. La conquista de otros planetas es, sin lugar a dudas, la gran asignatura pendiente de la humanidad. Seremos recordados por las generaciones venideras como aquella época en la que tan sólo habitábamos un planeta; igual que nosotros recordamos con estupor a los europeos de la Alta

Edad Media. Nos recordarán con pena y se preguntarán cómo podíamos vivir tranquilos sabiendo la inmensidad que nos rodeaba y sin embargo ignorándola por completo. Existen nuevos mundos ahí afuera, nuevos amaneceres y nuevos atardeceres. Recursos casi ilimitados. Maravillas que desconocemos. Probablemente vida compleja. Todo eso está ahí, al alcance de la mano del hombre. Tan sólo tenemos que querer y tomar las medidas necesarias. Ya en el pasado decidimos cruzar la frontera de lo desconocido. Desde Alejandro Magno, desde Marco Polo, desde Cristóbal Colón, nunca antes había tenido el hombre la posibilidad de ampliar tanto su universo. Una empresa así nos uniría a todos y daría significado a nuestros esfuerzos.

Yo creo, por lo tanto, en un Hombre europeo culto, inquieto, inconformista, amante de la paz y de la libertad. Orgulloso de su origen, de su patria, y sobre todo ávido de su destino. Con la mirada puesta en la ciencia y en la ética. Y con el corazón en las estrellas, en otros mundos y en otros amaneceres. Ese hombre sería capaz de convencer de su error a los que viven cegados por la barbarie fundamentalista. Ese hombre sería capaz de afrontar los grandes retos que se le plantean sin temor, ni duda, ni vergüenza.

A ese europeo le pertenece el siglo XXI.